

La situación del rey de Nápoles se hizo, pues, desesperada; no obstante, quiso llevar la resistencia hasta el último extremo, á pesar de que su situación empeoraba de día en día. Las reclamaciones urgentes del Piamonte y de Inglaterra consiguieron que Napoleón diera orden á su escuadra de retirarse, y entonces quedó Gaeta completamente cercada por mar y por tierra. El general Menabrea activó los trabajos de asedio y además el 17 de diciembre comenzó el bombardeo. La situación de la plaza se hacía de día en día más insostenible, no había esperanza de recibir socorros de ninguna parte, y como á todas las penalidades se agregó la propagación del tifus entre los sitiados, el rey tuvo que resolverse á capitular el 13 de febrero de 1861.

Al evacuar los reyes la plaza, se embarcaron en un vapor francés que los llevó á Terracina, desde donde pasaron á Roma. Toda la guarnición de Gaeta fué hecha prisionera de guerra hasta que se rindieron los dos últimos puntos donde ondeaba todavía la bandera napolitana, la ciudadela de Mesina y el pequeño castillo de Civitella di Tronto, junto á la frontera romana. La primera se rindió el 12 de marzo y el segundo el 20, con lo cual quedó conquistado por los piamonteses el último resto de la monarquía borbónica.

## VIII

## LA EXPEDICIÓN DE SIRIA

En el momento en que Francia abandonaba la causa del Papa en la Umbría y en las Marcas, asumía enérgicamente la defensa de los cristianos de Oriente, y ya que no en los Estados Pontificios, la política de Napoleón III en Siria era la del título con que se honraba de «Hijo primogénito de la Iglesia.»

En este país acababan de ocurrir espantosas matanzas, las cuales habían empezado en las montañas del Líbano y su origen principal podía imputarse á las faltas de la diplomacia europea. En aquellas montañas vivían maronitas y drusos, aquéllos cristianos y reconociendo como protector á Francia, y éstos, que observaban una religión, mezcla del antiguo paganismo oriental unido á ciertas creencias musulmanas, partidarios de Inglaterra, cuyos misioneros recorrían las tribus haciendo algunas conversiones efímeras y ensalzando el poderío de la Gran Bretaña.

La diplomacia europea estuvo ya mal inspirada cuando en 1840 sustrajo la Siria al dominio del virrey de Egipto Mehemet-Alí y cuando en 1843, creyendo asegurar la paz entre maronitas y drusos, hizo que se asignara á cada una de las dos razas y de las dos religiones una administración diferente. No había tenido en cuenta que si unos y otros están separados desde el punto de vista etnográfico y religioso, no lo están siempre por los territorios que ocupan, y tanto que en muchas aldeas viven mezclados. Así pues, la distinción de las dos administraciones, en lugar de mantener la paz, sólo sirvió para multiplicar las causas de animosidad y de querellas. El mismo gobierno otomano que quería destruir el arreglo de 1845 para hacer de la montaña del Líbano un simple pachalik, fomentó el desorden. Dividiendo para reinar, y llevada de un cálculo maquiavélico, opuso los drusos á los maronitas: secundada en esta tarea por los agentes ingleses, celosos de la influencia francesa, organizaba sistemáticamente el desorden y la anarquía.

Desde la paz de París había manifestado la población cristiana de Siria fundadísimas quejas contra la conducta brutal de los mahometanos en varias provincias turcas; pero las potencias occidentales se habían mostrado siempre muy indiferentes ante estas quejas por no dar ocasión á Rusia para mezclarse en tales asuntos. Sólo en un caso mostró el gobierno inglés gran energía, porque de



ningún modo podía permanecer indiferente: cuando en junio de 1858 fueron asesinados en Dejeddah, puerto de la Meca, gran número de cristianos, entre ellos los cónsules de Francia é Inglaterra. Entonces el gobierno inglés envió un buque de guerra que bombardeó la ciudad é hizo un escarmiento terrible. Lo que desde entonces sucedió á los cristianos en la Bosnia, Albania y otras provincias, no movió á las potencias occidentales; pero cuando Rusia pidió urgentemente en mayo de 1860 una investigación de la situación insoportable de los cristianos, se tranquilizaron con saber que el sultán enviaba á su gran visir Kiprisli-bajá á la Rumelia para investigar los sucesos y castigar á los culpables.

Sin embargo, hacía mucho tiempo que en el Líbano reinaba sorda agitación, fomentada tanto por la antipatía entre drusos y maronitas cuanto por el bajá que la Puerta tenía en Beiruth, llamado Kurchid, el cual era amigo de los drusos, sostenía relaciones con sus jefes, excitaba sus pasiones religiosas y los alentaba secretamente al combate. La actitud que las tropas turcas podría observar en caso de guerra civil era fácil de prever. Su fanatismo les impulsaría contra los cristianos, como también su codicia, porque hacía muchos meses que no se las pagaba y estarían ávidas de compensar con los despojos de los maronitas los atrasos en sus pagas. Además junto á los batallones de tropas regulares estaban las irregulares, los temibles bachi-buzucks, que destruirían seguramente lo que los drusos pudieran respetar.

A fines de 1859, como se presentasen más amenazadores los síntomas de la crisis, los comerciantes cristianos de Beyruth enviaron previsores avisos á sus hermanos de la Montaña, aconsejándoles que estuvieran sobre aviso y sobre todo que procuraran armarse. Pero las autoridades turcas, al mismo tiempo que habían permitido todo el invierno á los drusos pertrecharse de armas y municiones, impidieron á los maronitas que salieran de sus aldeas con sus armas acostumbradas, sin las cuales ningún hombre prudente debía dar un paso.

Cuando el gobierno juzgó que los drusos habían terminado sus preparativos, retiró precipitadamente de Siria todas las tropas regulares, dejando en Damasco, la capital, ciudad de ciento cincuenta mil almas, una guarnición de trescientos soldados únicamente.

El 29 de mayo de 1860 estalló la conjuración. El ataque contra los cristianos empezó por la aldea de Beit-Meri, situada á pocas leguas de Beyruth; luego la devastación se extendió á todo el Meten. Pocos días después ocurrieron análogas escenas de matanza en el valle superior del Jordán, en Hasbeia, Rascheya, Zalek, Deir-el Kamar, etc.; en todas partes fueron degollados los cristianos sorprendidos y poco menos que indefensos, destruidas las iglesias é incendiadas las casas, cometiendo los feroces drusos increíbles atrocidades, hasta el punto de que en tres días destruyeron treinta y dos pueblos y de que en pocos más el número de víctimas llegara á calcularse en treinta mil, sin que el gobernador Kurchid hiciera nada para contener la matanza, á pesar de que á la primera noticia de las turbulencias salió de Beyruth con tropas, estableciéndose tran-

quilamente al pie de la Montaña, desde donde fué testigo impasible de cuanto ocurría. Hasta hubo casos en que la punible indiferencia de las autoridades turcas tomó la forma de aprobación manifiesta y de cooperación.

En Constantinopla pareció causar tanto disgusto como en realidad lo causó en toda Europa la noticia de tamañas atrocidades, que se habían llevado á cabo cuando todavía los gobernantes turcos se ufanaban de su imaginario triunfo por haber rechazado, con el auxilio de los gobiernos francés é inglés, el deseo de la Rusia de investigar por comisarios de las grandes potencias la crítica situación de los cristianos en el imperio turco. Las terribles escenas ocurridas en el Líbano demostraron desde luego que las quejas del gabinete de San Petersburgo eran muy fundadas.

El gobierno turco comprendió que debía apresurarse á tomar disposiciones si quería evitar una intervención armada, y el 8 de julio envió al ministro de Negocios extranjeros, Fuad-bajá, con diez y seis mil hombres y amplios poderes á la Siria. Pero precisamente el 9 se renovaron de un modo horroroso las atrocidades en Damasco, donde se había refugiado gran número de fugitivos del Líbano. En Damasco no había drusos ni maronitas, por consiguiente los autores de la catástrofe que allí ocurrió fueron los musulmanes fanáticos. El barrio cristiano, en el que, además de su población acostumbrada, se habían guarecido innumerables personas, fué acometido por los mahometanos, y por espacio de seis días continuaron allí la matanza y los incendios, los saqueos y demás horrores; corrió la sangre á torrentes; los agentes de policía y los bachi-buzuks, en lugar de mantener el orden, mataron y robaron. El consulado de Rusia fué el primero atacado, y luego siguieron los viceconsulados holandés, belga y americano. Todos los Padres de Tierra Santa perecieron en su convento, y en una palabra, durante aquellos seis días más de seis mil personas fueron degolladas en la ciudad. Mayores hubieran sido los asesinatos si el célebre emir Abd-el-Kader, que estaba establecido en Damasco desde que Napoleón III le concedió la libertad, no hubiera protegido á las personas refugiadas en su palacio é inducido al inactivo gobernador Achmet-bajá á abrir la ciudadela para que se refugiaran en ella los cristianos que pudieran escapar de la matanza.

Fuad-bajá, á fines de agosto, hizo vigorosa justicia mandando ejecutar doscientas sentencias de muerte y fusilar también al gobernador; pero cuando el jefe turco practicó este acto tardío de justicia, se verificó ya la intervención de las potencias cristianas.

Hasta el 16 de julio no se recibió en París la noticia de las matanzas de Damasco. Al punto pasó M. de Thouvenel á Saint-Cloud donde estaba el emperador y le dió cuenta de lo sucedido. La indecisión no fué larga. A Napoleón le gustaban las causas caballerescas: defender al oprimido le parecía como el más noble atributo del poder. En el momento en que el clero censuraba su conducta en los asuntos de Italia, creía propicia la ocasión de enviar sus tropas en socorro de los cristianos de Oriente y de hacer revivir las gloriosas tradicio-



nes de las Cruzadas. Pero no podía lograrlo sino luchando con los celos y las desconfianzas británicas. Thouvenel había participado al embajador inglés lord Cowley la resolución del emperador de enviar un cuerpo de ejército á Siria en virtud de los tratados y de acuerdo con las potencias, incluso Turquía; lord Cowley dió cuenta de esta decisión á su gobierno, el cual temeroso de que el emperador aprovechara aquella coyuntura, no para auxiliar á los cristianos, sino con otra mira más interesada y ambiciosa, presentó al proyecto toda clase de objeciones. Por su parte, el gobierno turco manifestó al inglés que las tropas extranjeras sólo debían intervenir si las fuerzas turcas no resultasen suficientes para restablecer el orden y solicitaran la cooperación del cuerpo expedicionario. El gobierno francés rechazó esta pretensión con toda energía, y entonces redujo el gobierno inglés sus objeciones á que la expedición durara sólo seis meses.

El 3 de agosto se reunieron en París los embajadores de las cinco grandes potencias, y redactaron un acta en la cual recordaban á la Puerta la gran importancia que se había dado en el tratado de paz de París al decreto del sultán de 1856, y en su virtud expresaban el deseo de que se introdujeran reformas en el gobierno turco. Convinieron además en que se enviara á Siria un cuerpo de seis mil franceses, reservándose el envío de otro cuerpo de seis mil hombres de otra potencia si resultara necesario para conseguir el propósito del restablecimiento del orden. Napoleón III debía obrar no tanto en su propio nombre cuanto en calidad de mandatario de la Europa y de mandatario desinteresado. Finalmente, dando oídos á las desconfianzas de la Gran Bretaña, se estipuló que la duración de la ocupación no excedería de seis meses.

Habíase preparado de antemano una fuerza de seis mil hombres en el campamento de Chalóns y confiándose el mando al general Beaufort d'Hatpoul, que había servido algún tiempo en Oriente á las órdenes de Ibrahim-bajá y conocía por tanto el país. Los regimientos franceses salieron del campamento el 7 de agosto y el 16 desembarcaron en Beyruth.

El emperador los despidió con un manifiesto en que decía, al final, que en cualquiera parte donde se mostraba la bandera francesa iba precedida de un gran objeto y seguida por un gran pueblo.

Fuad-bajá, el comisario nombrado por el sultán, necesitaba ser vigilado de cerca si se quería que los autores de las matanzas fuesen castigados. Con una mezcla de flojedad y de vigor había sentenciado á algunos á su llegada á Damasco, pero á los culpables de elevada categoría se les dejó en libertad. Temeroso de ver al ejército francés penetrar en Damasco, la ciudad santa, lo que á los ojos de los musulmanes hubiera sido un grave escándalo, Fuad se decidió á mandar ejecutar al gobernador Achmet, que había cometido la falta de hablar demasiado y de sostener que se había atendido á las órdenes recibidas de Constantinopla. Así pues, Achmet fué reducido á prisión, incomunicado, juzgado sumariamente, condenado á la pena capital y ejecutado en secreto, lo cual per-

mitió á Fuad decir á Europa que no había tenido piedad y hacer creer á los musulmanes que sólo se había hecho un simulacro de muerte.

Una vez hecho esto, Fuad volvió á Beyruth el 11 de septiembre, donde se encontró con el ejército francés. Ante la resolución inquebrantable del general Beaufort d'Hatpoul de ir al Líbano á buscar á los drusos culpables con ó sin el concurso de los turcos, tuvo que resignarse á emprender una expedición en común. Los franceses deberían encaminarse hacia Deir-el-Kamar, y desde allí explorarían la montaña, mientras que los turcos marcharían hacia el Sur, franquearían las crestas del Líbano, cortarían á las partidas drusas todavía en armas la retirada hacia el Haurán, y las arrojarían sobre las tropas francesas. Tal era el plan adoptado; pero Fuad-bajá, que contaba con Inglaterra, decidida sin duda á salvar á los drusos, se proponía frustrarlo.

El 26 de septiembre, los franceses llegaron á Deir-el-Kamar y se dedicaron á socorrer á las víctimas mientras llegaba el momento en que pudieran vengarlas. Los turcos, por su parte, pasaron el Líbano, y luego, conforme se había convenido, se situaron en las salidas que guardaban el acceso al Haurán; pero llegaron con la suficiente tardanza para que los drusos tuvieran tiempo de escapar. Fuad no se desconcertó por esto, y como los franceses que á su vez acababan de atravesar la Montaña, aguardaban la señal convenida, invitó tranquilamente al general Beaufort á restringir el círculo de sus operaciones. Para explicar el mal resultado de aquélla, objetó la naturaleza de los lugares, que no le permitía interceptar los pasos á las pequeñas partidas indígenas.

En vista de esto, no les restaba á los franceses más que continuar su paseo militar ó más bien paseo de beneficencia, porque pasaron por diferentes pueblos auxiliando á los menesterosos. Al disgusto causado por el malogro de la empresa se agregó para el general en jefe otra contrariedad. Algunos maronitas, viéndose protegidos, no resistieron á la tentación de vengar el asesinato de los suyos y mataron algunos drusos aislados. En seguida el cónsul británico formuló vivas protestas, de suerte que el general Beaufort, en el momento en que los drusos se le escapaban, se vió acusado de dejarlos inmolar.

Mientras tanto habían llegado á Beyruth los individuos de una comisión europea nombrada por Francia, Inglaterra, Rusia, Austria y Prusia á excitación de Thouvenel. Su misión tenía tres objetos: velar por las represiones, asegurar las indemnizaciones y revisar la organización administrativa. La comisión recorrió el país pudiendo convencerse *de visu* de que no se había exagerado nada relativamente á la extensión de los desastres y de la urgente necesidad de aplicar remedio. Con este objeto desde el 5 de octubre celebró varias sesiones con asistencia, aunque no asidua, de Fuad-bajá, que suscitaba mañosamente toda clase de entorpecimientos y dilaciones á fin de ganar tiempo, reducir las represiones á su menor expresión y dar lugar á que se cumpliera el plazo fijado para el regreso de la expedición francesa. Con el auxilio del representante inglés lord Dufferin consiguiólo en gran parte, de suerte que la comisión



aún no se había puesto de acuerdo en muchos puntos cuando expiró aquel plazo. Thouvenel pidió un aplazamiento de la ocupación, al cual accedieron las potencias, y se fijó el 5 de junio de 1861 como término de ella. Finalmente la Puerta se obligó á pagar setenta y cinco millones de piastras para indemnizar á los cristianos, llamó á Fuad-bajá, que hubo de retirarse sin que su política astuta recibiera toda su recompensa, y nombró gobernador del Líbano á Daud-bajá, armenio católico á cuyas órdenes se puso la milicia indígena para mantener el orden.

La expedición había concluído. En todo este asunto, Francia fué la única potencia que se puso por encima de todos los antagonismos vulgares; no había hecho caso de las rivalidades ó la intriga, y se dedicó á servir la causa de la civilización y de la humanidad. La idea de la intervención brotó, por decirlo así, del corazón de la Francia cristiana: Napoleón se hizo eco de la opinión pública y envió sus tropas en auxilio de los cristianos de Siria. El 5 de junio terminó el reembarque de estas tropas, que regresaron á Francia, ya que no cargadas de laureles militares, pues no tuvieron ocasión de disparar un tiro, al menos acompañadas, por su caritativo comportamiento, de las bendiciones de los infelices cristianos á quienes habían ido á proteger.

La expedición de Siria, aun en sus limitadas proporciones y en sus resultados incompletos, es una de los mejores actos del reinado de Napoleón III.

## IX

## EL DECRETO DE 24 DE NOVIEMBRE

Mientras se desarrollaban los sucesos de Italia y se efectuaban las expediciones de China y de Siria que quedan narradas en los anteriores capítulos, la vida en París era tan brillante, ó más si cabe, como desde el principio del Imperio. La alta sociedad parisiense lucía sus galas en los salones, abiertos para continuas fiestas, y la emperatriz daba la norma y el ejemplo para ellas, favoreciendo así el comercio y la industria que nunca como en aquellos días habían hecho tan importantes negocios.

Aparte de esto, el emperador y la emperatriz visitaron en septiembre las nuevas provincias anexionadas, así como la isla de Córcega, cuna de la dinastía imperial, extendiendo su excursión á Argel. En todas partes fueron recibidos con grande entusiasmo, y así las alocuciones de las autoridades como las delirantes manifestaciones de los pueblos les demostraron el arraigo que el segundo Imperio había alcanzado en todos los puntos por donde pasaban.

Pero estos festejos, estos calurosos recibimientos, estas pruebas de simpatía, debían en breve ceder el puesto, en el corazón de la emperatriz especialmente, á crueles sinsabores, á duelos y quebrantos, demostrando así lo deleznable de las cosas humanas. Durante la travesía de la comitiva imperial desde Ajaccio á Argel había fallecido en París la duquesa de Alba, hermana de la emperatriz Eugenia, á quien ésta quería entrañablemente. Las fatigas causadas por la enfermedad de uno de sus hijos menoscabaron su salud; se la condujo á París para consultar á uno de los mejores médicos; pero el mal desafiaba ya los recursos del arte, y aquella dama de treinta y cinco años desapareció del mundo en todo el esplendor de su belleza.

Mientras navegaba desde Argel hasta las playas de Francia, la emperatriz ignoraba que no volvería á ver á su hermana. Encerrada en su camarote, jamás subía á cubierta, tanto más cuanto que la navegación fué muy penosa y hasta peligrosa por el mal estado del mar. El comandante del vapor *Aguila* en el que iban los emperadores, á la vista del golfo de Lyon se mostró preocupado de las dificultades que presentaba aquel paso difícil con tan mal tiempo, y por eso hizo que se propusiera al emperador hacer rumbo á Portvendres para evitar la travesía del golfo. Napoleón, que estaba muy mareado y deseaba desembarcar en cualquier parte cuanto antes, aprobó la proposición.